

EL ÚLTIMO DE LA LINEA

Angelo Gabrielle di Foscari Pisani-Gritti tuvo entre sus antepasados a varios de los más renombrados dogos de Venecia. El más reciente de su linaje, Enrico Dandolo, por razones que se desconocen no figuró en la "Historia Universal de la Infamia" de Borges. Sin embargo, hizo para ello méritos más que suficientes al forzar a los cruzados a saquear y desmembrar Constantinopla en provecho de la Serenísima y del suyo propio.

Muy grande debió ser la fatiga de esa y otras conquistas, negocios y anexiones de provincias que dieron a la familia inconmensurable riqueza, pues a partir de ahí a sus descendientes les quedaba corto el tiempo para gastarla, pero más corta aún la preocupación o la capacidad de reponerla.

Por siglos, los Foscari Pisani-Gritti dilapidaron fortunas en el boato que correspondía a la más ilustre, refinada y decadente stirpe veneciana. El paso de cansadas generaciones acarrió la dispersión inexorable de los bienes que permitían mantener el tren de vida que se empeñaban en considerar normal. Más recientemente Bonaparte, los austriacos y la república italiana fueron testigos indiferentes de la cesión de mercados y las discretas ventas de los palacios restantes.

Angelo Gabrielle, el último de la línea, fue consciente desde su primera juventud que lo que le tocaba recibir no le permitiría, sin renunciar al consagrado estilo, transmitir la obsolescencia familiar a ningún hijo. Hizo lo que pudo, dentro de lo que correspondía a su casta, para encontrar ocupación y si posibles ingresos. Sin embargo, su especioso estudio sobre algunos casi desconocidos pintores menores del Véneto no le dio acceso a la cátedra auxiliar de Historia del Arte y la onerosa adquisición de una propiedad cercana al Golf del Lido, a través de la cual imaginó una promisoría aproximación a enriquecidos arribistas, pasó totalmente desapercibida.

Comprendió entonces que había llegado el final. Pero no consiguió disipar seculares dudas sobre si la pertenencia a tal familia hacía apropiado suicidarse. En cambio, cuando ojeando distraídamente el Venecia Sera se enteró de rumores que la policía se negaba a confirmar y según los cuales en lugares distintos de la ciudad dos turistas habían sido asesinados aparentemente por resistir algún robo, reconoció claramente lo que tenía que hacer. No demoró sino un instante en dirigirse a las habitaciones que aún ocupaba en el último palacio que tampoco era más suyo, en búsqueda de las zapatillas de tenis y la inverosímil camisa comprada en un momento de debilidad turística en el absurdo viaje a Hawái y de la cual un oscuro impulso le había impedido deshacerse a su retorno, como si supiera que habría de serle alguna vez de utilidad.